

Biografía de don Angel de Saavedra Ramírez de Baquedano, Duque de Rivas

POR

MIGUEL ANGEL ORTI BELMONTE

El 10 de marzo de 1791 nació en Córdoba Don Angel Saavedra, hijo de Don Juan Martín de Saavedra, más tarde Duque de Rivas, y de D.^a María Ramírez de Baquedano, Marquesa de Andia y Villasinda. Cantó, el que después fué excelso poeta, su patria chica en su poesía el Destierro, diciendo:

¿Oh cuán ufano a la ancha mar te arrojas,

Tú que apacible mojas

y reverberas en remansos puros

los de Córdoba insigne antiguos muros.

En ellos ví del sol la luz primera;

En ellos apacible la fortuna,

De oro y marfil me adormeció en la cuna.

Quién tan mudable entonces te creyera

allí, inocente niño, en tus orillas

me vistes recoger piedras pintadas,

caracolas y hermosas florecillas,

Después joven lozano, las pisadas

de ferviente bridón gravé en tu arena

recorriendo tus selvas encantadas;

mayor después, mi citara escuchastes

cantando hazañas o llorando amores,

y tal vez de mi acento te prendastes

y ceñistes mi sien de hiedra y flores.

De noble alcurnia, era por los Saavedras descendiente de Domingo Muñoz, el Adalid conquistador de Córdoba, y por los Ramírez, de Francisco Ramírez, El Artillero, y de Beatriz Galindo, la Latina, fieles servidores de la egregia Reina Católica. Venía al mundo en el momento en que empezaba a rugir la tormenta que se desató con los horrores de la revolución francesa; era un segundón y para qui-

tar al niño el día de mañana toda clase de envidias, empezaron a caer sobre él honores y distinciones, a los seis meses la cruz de Malta pendía de su pecho con la categoría de Caballero de Justicia; cuando andando el tiempo, arrastrado por los embates de la vida, fué a vivir a Malta, casa matriz de la Orden, recorría emocionado la Iglesia Matriz y el claustro de las Lenguas, donde yacen sepultados caballeros de todas las naciones, que murieron en defensa de un ideal en aquella edad feliz en que los hombres sacrificaban la vida por sus hermanos.

Al poco tiempo la banda de guardia de Corps cruzaba su pecho, como símbolo de la lealtad heredada de sus antepasados. Sacerdotes franceses huidos del aquelarre de la Convención se refugian en España y a Córdoba llega un canónigo, Monsieur Tostin, que se encarga de la educación del joven Angel, confiado su crianza a dos hermanas del padre en las ausencias prolongadas de la familia, en la corte. Empezó a iniciarse en el dibujo con el escultor francés Verdeguiet, el autor de los púlpitos de la Catedral de Córdoba, de la bellísima imagen de la Fe que los corona y del Triunfo de San Rafael, el bello monumento barroco de una originalidad extraordinaria

Por las llamas y los fúlgidos destellos
que lanza, reflejando al sol naciente
el Arcangel dorado que corona
de Córdoba la torre.

Nuestro poeta llegó a dominar a la perfección la pintura y cuando vivió en el exilio en Francia se mantuvo de ella y el Museo de Orleans tiene un cuadro suyo de naturaleza muerta; en esta ciudad abrió una escuela de pintura.

La peste amarilla invadió Andalucía y para evitar el contagio lo llevaron a Madrid, donde continuó su educación con otro sacerdote francés Monsieur Bordes; entre otros profesores tuvo a Isidoro Antillón, que inmortalizaría su nombre con sus estudios geográficos.

A los siete años recibió la gracia de capitán de caballería, agregado al regimiento del Infante, por los servicios prestados por su padre al trono, que murió en Barcelona el 1805, cuando había ido a recibir a la Reina María Antonia de Nápoles, primera mujer de Fernando VII. Su madre y tutora gestionó que ingresara en el Seminario de Nobles de Madrid, donde tuvo entre otros profesores a D. Manuel Valbuena, el gran latinista, que era regente de estudios, distin-

guiéndose por su prodigiosa memoria e imaginación, sobresaliendo en la historia y en la poesía, que ya había visto cultivar a su padre, seguidor de Eugenio Gerardo Lobo, el capitán coplero, el más ingenioso y fácil poeta de nuestro siglo dieciochesco, y hasta el mayordomo de la casa hacía versos, que leía en las fiestas familiares, dedicándoselos a sus señores. El poeta preferido del joven guardia era Herrera, pero en las ciencias era un mal estudiante, inspirándoles profunda aversión.

Napoleón, en el cenit de su grandeza, obliga a Godoy a que se adhiera al bloqueo continental y que un cuerpo de ejército de 15.000 hombres, al mando del Marqués de la Romana, vaya a Dinamarca. Don Angel acaba de salir del Seminario de Nobles; tiene 19 años y va a incorporarse a su regimiento destacado en Zamora, que va en expedición; pero se interpone la madre y tutora, que no ve en esta expedición una obligación de España, y consigue que se anule su despacho, quedando como simple guardia en el Cuerpo de guardias de Corps.

Entro en la compañía flamenca donde travó amistad con Mr. Bouchelet, miniaturista, músico y poeta, con el Conde Haro, más tarde Duque de Frias, poeta de altos vuelos, con los hermanos José y Mariano Carnerero y don Cristóbal de Beña, que bajo la dirección del erudito Capmany, hacían un periódico en donde colaboró don Angel y vieron la luz sus primeras poesías y artículos. Recibió también lecciones del pintor de cámara don José López Enguidano.

Testigo como guardia del llamado proceso del Escorial contra el príncipe de Asturias; después de lo cual el príncipe de la Paz disolvió las compañías extranjeras de la guardia, por lo cual quedó sin empleo; Godoy ordena concentrarse en Aranjuez las tropas de la guarnición de Madrid y al no haber caballos para todos los guardias pide y le conceden un potro cerril, único medio que tiene para ir a Aranjuez, en donde está en los motines del 19 de marzo, siendo testigo del envilecimiento de un trono por obra de un favorito y de un desnaturalizado y ambicioso hijo.

Entró en Madrid formando parte de la guardia de Fernando VII, y vió como Murat, dueño de la capital, cortaba la comitiva regia, con el exclusivo objeto de mortificar al monarca y al séquito. En la mañana del 2 de mayo, las compañías de Guardias habían salido para Guadalajara de orden de Murat, que desconfiaba de ellos, siendo

después enviadas al Escorial en donde se encontraba la división francesa del General Fréré, allí tuvieron noticias de los sucesos del 2 de mayo y entre los guardias, que ya existía un profundo malestar, se aumenta el recelo. Llegó en esto un oficial español y fueron convocados los oficiales y algunos guardias, entre ellos don Angel y su hermano el Duque, en casa del general francés Perellos, quien les dió a conocer por boca del oficial, que la Compañía de caballeros cadetes del Real cuerpo de artillería, se había sublevado en Segovia, y que de orden del general Murat, quería que la compañía de Guardias acompañaran a las tropas francesas para calmar con su prestigio a la ciudad y los artilleros. Don Angel, levantándose tomó la palabra con el ardor de su juventud, negándose a ir y declaró que ningún guardia haría traición a su patria ni intervendría en el castigo a sus compañeros de armas; quedó perplejo el general y el oficial le censuró por haber sido el más joven el que hablara cuando tantas personas de graduación había en la reunión.

Calmado el general francés, accedió a que no fueran a Segovia y se trasladaran a Madrid o al Escorial. En aquella noche tuvieron reuniones los guardias, manifestándose multitud de opiniones, unos proponían disolverse y esparcirse por toda España para fomentar la sublevación, otros como don Angel y su hermano, mantenerse juntos y aprovechar el momento oportuno para unirse al ejército español. Por falta de autoridad empezó la dispersión; intentó el Duque y su hermano pasar a Aragón por su amistad con el general Palafox; los pueblos estaban en estado de excitación extraordinaria y todos los caminantes se les antojaban espías o afrancesados. Al llegar a uno de los primeros pueblos de Aragón fueron rodeados por los vecinos ávidos de noticias, pero al romperse el lío con las armas que llevaban en un mulo, los tomaron por traidores, salvándolos el alcalde metiéndolos en la cárcel. Un guardia de Corp que se encontraba allí, reconoció a su jefe el Duque y a don Angel, y aclarado quienes eran, fueron aclamados y agasajados extraordinariamente. Estos hechos se repitieron en todos los pueblos; tenemos casos semejantes con lo ocurrido a Alcalá Galiano, en la Mancha, y a Vargas Ponce en Extremadura.

Ante la imposibilidad de ir a Zaragoza volvieron a Castilla, consiguiendo unirse al ejército del general Cuesta, que había reunido gran número de Guardias con sus estandartes. Su primera acción fué atacar la retaguardia francesa en Sepúlveda y en Logroño. En Tu-

dela, su hermano el Duque perdió el caballo y tuvo una fuerte contusión; se encontró en la retirada de Cuenca y en el desastre de Uclés; el Duque enfermo de fiebre vino a Córdoba con don Angel. Restablecido volvieron al ejército, tomando parte en las acciones de Talavera, Camiñas, Madrideojos y Herencia, donde se distinguió extraordinariamente el Duque mandando un escuadrón de caballería y don Angel, que juntos consiguieron restablecer el orden y contener los fugitivos.

El 18 de noviembre de 1808, se encontraron en la batalla de Ocaña, donde los guardias al mando del Duque se cubrieron de gloria, quedando muertos en el campo la tercera parte de ellos; a don Angel le hirieron el caballo, al principio de la acción, pero continuó peleando cuerpo a cuerpo, recibiendo dos peligrosas heridas en la cabeza y una estocada en el pecho, atravesado por un golpe de lanza cayó a tierra y sobre su cuerpo, desangrándose, pasó el tropel de los soldados. Su hermano lo había visto caer, corrió en su auxilio, sin encontrarlo, al mismo tiempo que las tropas españolas se retiraban a Ocaña y las francesas con la pérdida de su general, a Antígola.

Todos los esfuerzos del Duque por encontrar a don Angel fracasaron, en vano los guardias buscaron su cadáver. En la madrugada despertó de su sopor y desvanecimiento, heladas sus heridas y coagulada la sangre, en medio del campo de batalla, rodeado de muertos y agonizante, cuando sintió pasos, era un soldado que recorría el campo en busca del botín de los muertos. Acudió a sus gritos y cogiéndolo lo terció en su mulo llevándolo a Ocaña, en donde no cabían los heridos. Avisó al Duque, que corrió presuroso con un cirujano que ordenó que le dieran la Extremaunción, pero un barbero del pueblo lo curó y hasta pronosticó su cura. En un carro que consiguió el Duque, lo colocó con otros siete guardias heridos, alejándose con ellos camino de Tembleque, escoltados por un guarda y criados del Sub-brigadier Pobeda. Los guardias murieron todos en el camino, al mismo tiempo que se oía tocar a generala, por el ejército francés, que caía sobre los restos del español, asesinando a los heridos. Al amanecer llegó el carro con el herido al pueblo de Villa-cañas.

El poeta nos ha cantado en unos de sus más hermosos romances su odisea en Ocaña:

Con once heridas mortales
 hecha pedazos la espada
 el caballo sin aliento
 y perdida la batalla
 manchado de sangre y polvo
 en noche oscura y nublada
 en Antígola vencido
 y deshecha mi esperanza
 casi en brazos de la muerte
 el laso potro aguijaba
 sobre cadáveres yertos
 y armaduras destrozadas
 y por una oculta senda
 que el cielo me deparara
 entre sustos y congojas
 llegar logré a Villacañas.
 La hermosísima Filena
 de mi desastre apiadada
 me ofreció su hogar, su lecho
 y consuelo a mis desgracias
 registróme las heridas
 y con manos delicadas

me limpió el polvo y la sangre
 que en negro raudar manaban
 Curábame las heridas
 y mayores me las daba,
 curábame las del cuerpo
 me las causaba en el alma,
 yo no pudiendo sufrir
 el fuego que me abrazaba,
 díjeme hermosa Filena
 basta de curarme, basta.
 Más crueles son tus ojos
 que las polonesas lanzas.
 Ellas hirieron mi cuerpo
 y ellos el alma me abrazan,
 Tuve contra Marte alientos
 en las sangrientas batallas,
 y contra el rapaz Cupido
 el aliento ahora me falta,
 deja esa cura Filena
 déjala; que más me agravas,
 deja la cura del cuerpo
 atiende a curarme el alma.

En el hospital de Baena fué hospitalizado, convaleciente menos de la lanzada del pecho y otra de la cadera, que le hizo cojear muchos años, vino a Córdoba donde fué recibido apoteósicamente por la ciudad que no se cansaba de aplaudirle y vitorearle.

La victoria de Ocaña abrió la puerta de Andalucía a los invasores y el Rey José con sus ministros entró en Córdoba el 26 de enero de 1810; antes de la entrada empezó el éxodo y don Angel con su madre huyó a Málaga, donde fueron detenidos, teniendo que prestar reconocimiento al francés, perdiendo dinero y equipaje; disfrazados encontraron refugio en una casa de Perchel. Fueron reconocidos por un oficial español afrancesado, al que habían tenido alojado en su casa de Córdoba, que portándose noblemente les dió pasaportes con nombres supuestos, dinero y caballerías para que pasaran a Gibraltar, de donde fueron a Cádiz, encontrándose al duque que acababa de llegar con su escuadrón de guardias. La Regencia presidida por Castaños, lo colmó de atenciones y honores, ascendiéndolo a capitán de caballería y destinándolo al escuadrón

de guardias a las órdenes de su hermano, pasando después al cuerpo de Estado Mayor de Blake como Ayudante. En Cádiz va a cambiar la vida de poeta soldado, vive el período de intrigas y de los partidos políticos de las Cortes de Cádiz. Colabora en periódicos con artículos, versos satíricos y odas patrióticas. Escribía los resúmenes históricos de la guerra, formados con los partes oficiales, trabajo que se perdió y que hubiese sido de gran valor, siendo además el primer trabajo histórico que salía de su pluma.

En Cádiz contrajo amistades que habían de ser eternas, con Nicasio Gallego, el divino Argüelles, Quintana, el poeta Arriaza, Martínez de la Rosa, Istúriz, Alcalá Galiano y otros. Estos cuatro años de tantas emociones, vicisitudes y enseñanzas, produjeron en el espíritu del poeta ideas de aproximación a los liberales y al esci-clopedismo que se respiraba en los prohombres políticos de aquel movido período de nuestra historia, que desdecía de un prócer de dorada cuna, como el poeta, y que luego fueron causa de su vida en el exilio, y como dice uno de sus biógrafos, Ferrer del Río, como disculpa, que poseía una imaginación ardiente, un corazón lleno de patriotismo y virgen de toda experiencia, asentía de buen grado a las opiniones más exageradas, simpatizaba con los espíritus bulli-ciosos y veía en la Constitución del año 12, el no hay más allá del saber humano, la quinta esencia de la previsión legislativa, el bello ideal de un sistema político capaz de restituir a España su antiguo poderío y de hacer que inspirase temor y envidia a las demás naciones.

El patriotismo fué en todos los períodos de su vida lo que movió su alma, su imaginación y su pluma, y del período de la guerra, con su frenesí y ardor, brotaron odas y poesías patrióticas como «A la Victoria de Bailén», en donde encontrará luego su inspiración Bernardo López García para su oda «El dos de Mayo».

Guerra en el monte; en la llanura hay guerra

Y guerra por doquier: desde la frente

De la enriscada sierra,

Hasta el mar de occidente

Que azota el alto muro gaditano.

Tuyo es el triunfo, España, patria mía
 Y de tus hijos el laurel sagrado.
 Venció tu valentía y su justo furor y ya no es dado
 Al francés resistir, que sin aliento
 Con debil llanto sus mejillas moja,
 La espada inútil humillado arroja
 Y tórnase su orgullo en vil lamento.
 Victoria, suena el viento
 Y victoria repiten los collados
 Y victoria los bosques destrozados.
 Y el raudó Betis grita
 Victoria y en el mar se precipita.

Escribió, al armamento de las provincias españolas y al Conde Noroña, muchas de ellas en los campamentos y su primer poema «El paso Honroso». Era don Angel descendiente de don Suero de Quiñones y este poema de hermosa versificación y dicción es en la crítica de Valera, la obra más natural y de verdadera inspiración del poeta. Ascendió a teniente coronel, estuvo en la acción de Chiclana y fué comisionado para que el general Ballesteros, y la brigada del general Merino, que estaba en Córdoba, reconocieran al Duque de Wellington, como general en jefe, lo que consiguió, dando el mando de la provincia de Córdoba al general Echavarrí, que había defendido a Córdoba en el puente de Alcolea contra Dupont. Resentido de la herida del pecho, que le ocasionó vómitos de sangre, fué destinado a Sevilla, por razón del clima, terminando la guerra cuando estaba organizando un regimiento de caballería en Córdoba. Sus últimas poesías patrióticas son «A la Victoria de los Arapiles», «Napoleón destronado» y «España Triunfante».

«Oh patria, excelsa España
 Goza, goza feliz tantos laureles
 Que a pesar de la saña
 de los hados crueles
 Ganaron para tí tus hijos fieles.

Al regreso de Fernando VII no fué perseguido, elogiando públicamente el rey el comportamiento de los hermanos en la guerra; don Angel ascendió a coronel de caballería con retiro en Sevilla. Frecuentó en esta ciudad las amistades de poetas, el penitenciario

Arjona, Ranz Romanillos, el traductor de «Plutarco», el antiguo ministro de Carlos IV, don Francisco Saavedra, y Vargas Ponce, el marino e historiador, el que le censuraba su afición a los toros y a rejonear, diciéndole:

Bárbaro que así desluces
Los presentes de natura
Y en demonios siendo angel
Tu torpe sandez te muda.

El poeta le contestó con una epístola en verso.

Para defensa empuña solamente
ligera lanza; en pos del toro adusto
se arroja, le acomete de repente
y sin que su fiereza le de susto
le acosa, hasta que logre derribarlo
Y, triunfa en fin de su furor robusto.
Pronto conocerás que te engañastes
Cuando escuches mis himnos y canciones
Cual jamás en mi cítara escuchastes.

En 1813 produce un tomo de poesías que son imitaciones de Petrarca y Herrera, todavía no ha brotado su genio vehemente y original ni ha roto los moldes del neoclasicismo. En 1815 está en Córdoba, aparece nombrado académico de la hoy Real Academia de Ciencias y Bellas Letras y Nobles Artes, fundación de don Manuel María de Arjona y al año siguiente lee en ella su oda «El Tiempo», «El Idilio», «Adelfa» y es nombrado Censor de la misma. En Sevilla escribe la tragedia «Ataulfo», que prohíbe su representación la censura, Aliatar, de éxito clamoroso, Blanca, menos aplaudida; El Duque de Aquitania, imitación de Alfieri y Malech y Hadhel. Le corrige los trabajos Nicasio Gallego, que vió en don Angel un poeta de altos vuelos.

Los años de 1813 al 1820 los pasaba entre Córdoba y Sevilla y allí intimó con Antonio Alcalá Galiano, hijo del héroe de Trafalgar e intendente de Córdoba, figura extraordinaria de la política y literatura de aquel periodo; entre los dos se formó una amistad de hermanos. Pastor Díaz, escribe, el talento subyuga con más fuerza al talento que a la ignorancia, y Galiano arrastró a Saavedra en el

torbellino de sus opiniones y en la carrera de su partido. La sublevación de Riego en Cabezas de San Juan, le sorprendió en Madrid y consiguió permiso para ir a Francia, permiso que le había negado el gobierno absoluto, con la comisión de estudiar los establecimientos militares de los países extranjeros, con arreglo a un cuestionario, fué a Córdoba a despedirse de la familia y en mayo de 1821 se encontraba en París visitando los centros militares, frecuentando bibliotecas y museos, trató allí a Lord Holland, el autor de las cartas a Quintana, a Horacio Verner, el pintor de historia, Destutt Tracy, filósofo muy en boga. Llamado por Alcalá Galiano, volvió a España siendo presentado como diputado por Córdoba, su tierra, en las elecciones de 1822, encontrándose desde estos momentos dentro de la política. Un gobierno precedido por un poeta, Martínez de la Rosa, es el que gobierna a España, y frente al mismo un grupo de exaltados capitaneados por Alcalá Galiano, Isturiz, Riego y entre ellos don Angel de Saavedra. Sus discursos nunca fueron virulentos, ni el medro personal le guió ni le llevó a pedir ninguna merced, era solo la amistad fraterna con Alcalá Galiano, el orador fogoso y revolucionario. En la corte era mal visto que un noble de la alcurnia de los Rivas, estuviera en el bando de la oposición al rey. Los acontecimientos se precipitan; cae Martínez de la Rosa, y en los Congresos de Tropau y Verona se acuerda, a petición del Vizconde de Chateaubriand, el gran escritor realista francés, la intervención en España a favor de Fernando VII, que da origen a la expedición de los 100.000 hijos de San Luís.

En la sesión de cortes en donde se contestó al gobierno francés, pronunció don Angel un valiente discurso y uno exaltadísimo Alcalá Galiano. La invasión fué un paseo militar sin oposición; el gobierno huyó a Sevilla con el Rey, que se negó a continuar a Cádiz; entonces las Cortes, que habían acompañado al gobierno, celebraron la sesión del 11 de julio de 1823, la más famosa de nuestra historia parlamentaria, en donde Alcalá Galiano expuso que el Rey se negaba resueltamente a salir de Sevilla y con la proximidad de las tropas francesas el peligro era inminente, y no queriendo S. M. ponerse a salvo, no puede estar en el pleno uso de su razón, está en un delirio.

Las Cortes, entre el mismo terror de los diputados, declararon desposeído del trono momentáneamente al Rey, nombrando una regencia formada por Vigodet, Ciscar y Valdés. Vencida la resistencia y restaurado Fernando VII en el gobierno absoluto, todos los

Diputados que habían votado la deposición del Rey fueron condenados a muerte, y sus bienes confiscados; entre ellos estaba D. Angel de Saavedra, que pudo huir con Alcalá Galiano en una barca catalana a Gibraltar y de allí a Inglaterra, en donde encontró a los regentes y gran número de proscritos. A bordo de la nave inglesa que lo llevó a Inglaterra escribió la magnífica poesía El Desterrado:

¡Oh patria
 Ingrata patria. . tú me arrojas
 con furor espantoso de tu seno.
 Premiando así mi amor,
 con mi sangre
 torné las mieses de tus campos rojas,
 y salpiqué con ella tu terreno.
 Tu independencia y gloria sustentando,
 yo combatí constante contra el bando
 del fanatismo bárbaro y sañudo;
 y mi labio, aunque humilde, tal vez pudo
 tu libertad preciosa defendiendo,
 hacer temblar el despotismo horrendo;
 plegue al destino que risueño un día
 torné a brillar en que tu oprobio veas,
 y libre y grande y venturosa seas
 mientras yo errante tu ignominia lloro
 y huyendo ¡hay Dios! de tí, tu nombre adoro.

Sus heridas se resentían en Londres por la humedad, por lo que decidió pasar a Italia, gestionándole el pasaporte su madre la Duquesa, por intermedio del Nuncio en Madrid, concediéndoselo con la prohibición de escribir de política ni frecuentar la sociedad inglesa. Llegó a Gibraltar en el mes de Diciembre de 1824, donde le esperaba la señorita Encarnación de Cueto, hermana del marqués de Valmar, el amor de sus amores, con la que contrajo matrimonio, y de la que decía su hermano en el discurso necrológico a la muerte de Saavedra: «sedme permitido decir, para honrar la verdad, que discreta, ilustrada y cariñosa, parecía colocada por la Providencia al lado del poeta para endulzar sus labores y dar rienda a su inspiración». Merced al entusiasmo de su esposa para las letras y las artes, halló el Duque de Rivas vida y estímulo en el ámbito escondido y a veces prosáico del hogar, donde tantos encuentran rémora y desaliento y solo Dios

sabe a donde alcanza en las manifestaciones artísticas esta benéfica y dulce influencia. Su mujer fué para el ilustre poeta en el largo espacio de cuarenta años y hasta el último suspiro, el primer consuelo, el primer afecto y la primera necesidad del alma.

Embarcó en Mayo del año siguiente para Liorna, donde al llegar no le consintió la policía ir a Roma, no obstante el llevar el pasaporte la nota, dada por orden expresa de S. S. y escrito de puño y letra del Nuncio Volvió el pasaporte de Roma con la orden de no consentir que pasara a los Estados de la Iglesia. Al mismo tiempo, por influencia de la diplomacia española de Fernando VII, el gobierno de Toscana le comunicó la orden de abandonar el reino en el término de tres días, disponiéndose la policía a hacerlo a la fuerza si no hubiera sido por la intervención del cónsul inglés, que por llevar otro pasaporte del gobernador de Gibraltar lo tomó bajo su amparo, sacándolo de las garras de la policía y llevándolo a su casa de campo.

Embarcó el matrimonio en un viejo bergantín, primer barco que partía a territorio inglés, pero detenidos por el mal tiempo, la policía no les permitió ni desembarcar en los muelles. Enterados de lo que sucedía la buena sociedad de Liorna, acudieron al barco a visitarlos, colmándolos de obsequios y atenciones, como protesta del trato de que eran objeto. Amainó el temporal y salieron con rumbo a Malta, pero al quinto día de navegación, a la altura de Maretimo, sobre la costa de Sicilia, se desató nuevamente el temporal y la tripulación, seis viejos malteses, no obedecían al capitán y ni aún tomaban los rizos; cuando se encontraron encima de las rocas del Materimo, una ola barrió la cubierta llevándose la obra muerta, rompiendo el trinquete que quedó sobre la jarcia, mientras los marineros, aterrados, se refugiaron en la popa y empezaron a entonar la Salve marinera, como última esperanza de salvación. Don Angel subió a la cubierta, les increpó su cobardía, golpeándolos para que obedecieran, mientras él, con el capitán, cogía el timón y conseguía arrojar al mar el palo, enredado en la jarcia. Al bajar a su cámara se desmayó por el esfuerzo sobrehumano que había hecho. Al amanecer se divisaba el faro de Malta, que nunca olvidó y por eso escribió su poesía al Faro de Malta:

Quando la vez primera deslumbrastes
mis afligidos ojos, cual mi pecho
destrozado, hundido en amargura

palpitó venturoso
 del Lacio moribundo las riveras.
 Huyendo inhospitables contastado
 del viento y mar entre ásperos bajíos
 ví tu lumbre divina.

Viéronla, como yo, los marineros
 y olvidando los votos y plegarias
 que en las sordas tinieblas se perdían
 ¡¡Malta! ¡¡Malta! gritaron.

Tú fuiste a nuestros ojos la aureola
 que orna la frente de la santa imagen,
 en quien busca afanoso peregrino
 la salud y el consuelo.

La placidez del clima, el cariñoso recibimiento a un caballero de la Orden, que volvía a su casa, hizo que el poeta viviera en la isla de Malta cinco años y en donde le nacieron sus tres primeros hijos de los nueve que tuvo en su matrimonio. Era gobernador de la isla Mr. Frere, que había sido embajador de Inglaterra en España, su esposa la condesa de Erol, y su segundo el general Voodfoydd. La casa del gobernador y su biblioteca, se abrieron para el desterrado, que encontró un cariño de hermano en Frere, quien le hizo conocer los poetas ingleses y los románticos, regalándole además las obras de Lópe, tan poco estimadas en el siglo VXIII en España. Don Juan Valera niega que los poetas ingleses contribuyeran a la inspiración de Saavedra, salvo Byron y Walter Scott, aunque esté más por las novelas en prosa que por las leyendas en verso.

«Las composiciones líricas del Duque de Rivas escritas durante la emigración son mejores que todas las otras, no por más románticas sino por más clásicas, por más horacianas y por más académicas. La nitidez y corrección de estilo, la sobriedad y concisión con que está dicho todo, sin que huelgue palabra ni frase, hacen resaltar más el profundo sentimiento de melancolía, de amor a la patria y vivo afecto a las personas queridas y hasta los objetos inanimados que deja en la patria el proscrito. Ya se entiende que hablo de los versos. A las estrellas y al Faro de Malta».

Poco conocido, por no figurar en sus obras, es el madrigal que dedicó a su esposa en su santo, estando en la isla. Le regaló un ramo de flores, un alcartaz de dulces y una hebilla de oro.

Flores, azúcares, oro,	De tu virtud y alma pura,
Te presento como emblemas	Los confites, la dulzura
De calidades supremas	De tu amable condición,
Que en tí, amada esposa, adoro.	Y las bellas flores son
El oro pinta al tesoro	Símbolo de tu hermosura.

En Malta escribe el Moro expósito la mejor leyenda del Duque y dedicada a Mr. John H. Frere. Nos es imposible el detenernos en su estudio, solo diré que es esencialmente española y late en ella el sentido del honor que tantas veces tienen los romances del Duque.

El propio Duque escribió un prólogo a sus romances, el que remitimos al lector en la imposibilidad de recoger su pensamiento sobre el romance histórico y sus cultivadores. Es el romance la poesía más antigua y popular de nuestra literatura, que nace con el castellano y que el Duque conoció y leyó en nuestros clásicos y en Góngora, como se prueba con su estudio; de su pluma brotan a raudales los romances, desde el titulado Bailén, momento patriótico de inspiración; El castellano leal, el más popular reflejo de la nobleza del carácter español, que no transige con la traición. El Moro expósito es en donde el ectro del Duque llega a la evocación histórica más completa de los condes de Castilla en Burgos y de la Córdoba califal.

Son tres poetas cordobeses, Juan de Mena, Góngora y el Duque de Rivas, figuras señeras en la literatura castellana, los dos primeros aumentando el caudal de voces de nuestra lengua y cultivando el romance, y el Duque es el nexo de unión del siglo XIX con el pasado, con sus romances históricos, eternos porque captó el alma popular, la nobleza y la elegancia

El deseo de acercarse a España fué una de las causas porque pidió pasaportes para Francia; una goleta inglesa de guerra, por deferencias del gobernador inglés, lo llevó a Marsella, encontrándose con que había caído el gobierno de Martignac, que había iniciado una política liberal con los emigrados, sucediéndole el Príncipe de Polignac. Los desterrados recibieron orden de confinamiento en Orleans, en donde se dedicó a la pintura y expuso cuadros en la exposición del Louvre de 1831. Se negó a tomar parte en la conspiración del general Torrijos y los intentos de Mina en la frontera española. La revolución de Julio, que destronó a los Borbones de Francia, le permitió vivir en París, donde volvió a encontrar a sus antiguos amigos Alcalá Galiano e Isturiz.

A la muerte de Fernando VII, la reina gobernadora María Cristina abrió las puertas a todos los emigrados y Don Angel volvió a España a los diez años y tres meses de ausencia, abrazando a su anciana madre al cabo de tantos años de amargura y de llantos. La muerte de su hermano en 1834, de una pulmonía en Madrid, lo hizo heredero del título de Duque de Rivas y de sus bienes y un puesto como grande de España en el Estamento de Próceres del Reino, donde fué primer secretario a la muerte del cervantista Don Diego Clemencin.

En la discusión de ley de exclusión al trono de Don Carlos María Isidro de Borbón, el Duque pronunció uno de sus más hermosos discursos de fondo y forma y de veneración al recuerdo de Carlos IV, que le hizo cosechar aplausos y respeto; no era ya el joven inexperto de las Cortes de Cádiz.

La Academia de la Lengua le abrió sus puertas, contestando a su discurso Martínez de la Rosa; y el Ateneo de Madrid, recién fundado, le hizo su primer presidente. Su triunfo literario fué la representación de «Don Alvaro o la fuerza del sino», tema recogido de una leyenda cordobesa, que su necrologista estudió y con él triunfó plenamente en la escena española del romanticismo, dibujando con maestría insuperable la fatalidad, el destino, creación grandiosa de un carácter rompiendo los moldes literarios con un acto de audacia no solo en el asunto sino también en la forma, pues trajo al teatro el mezclar el verso con la prosa.

«Don Alvaro», que vino a marcar un nuevo rumbo en la literatura dramática, se estrenó el Teatro del Príncipe, hoy Español, el 22 de Mayo de 1855, interpretando los papeles principales Concepción Rodríguez (la mejor actriz de entonces), Joaquín García Luna, Julián Romea, Pedro López y Antonio Guzmán. El drama fué mal representado, sobre todo por García Luna don Alvaro, y no fué muy bien recibido por el público, que como era la primera obra francamente romántica que veía, la encontró demasiado cruda y no le pareció bien que muriesen tantos personajes. La crítica tampoco le fué favorable. Don Juan Francisco Pacheco, que tanto ensalzó después el drama, llamándole el verdadero Edipo español, escribió a los tres o cuatro días del estreno estas palabras. «Sabemos que el autor de «Don Alvaro» no se retrae de la carrera diplomática por no haber obtenido en esta obra el éxito feliz que apetece todo autor, y si nuestro voto puede confirmarle en su intención, desde luego se lo damos

con la mayor verdad. «Don Alvaro» pasará de nuestros días, cuando otras obras menos criticadas las hemos visto nacer y morir».

Se dijo cuando el estreno que el «Don Alvaro» estaba tomado de un artículo de Próspero Mérimée, cuando era justamente lo contrario. Cotarelo y Mori probó que Saavedra leyó su drama a Mérimée, que apoderándose del asunto hizo un cuento

Mesonero Romanos, testigo de la representación de «Don Alvaro», escribe: «Don Alvaro o la fuerza del sino», grandiosa producción en su esencia y en su forma, en la que se veían aunados el aliento y osadía de la nueva escuela con el exquisito gusto y brillante colorido propio de nuestros antiguos dramaturgos. Su ilustre autor (que había tenido la amabilidad de leerme algunas escenas de su drama en París, en 1833) abrigaba sus dudas sobre la buena o mala acogida que pudiera obtener de nuestro público su atrevida composición; yo procuré tranquilizarle sobre ello, pues sin negar lo arriesgado de la idea primordial del fatalismo que campeaba en el drama y lo atrevido de algunas situaciones y caracteres, era tal a mis ojos el sinnúmero de bellezas que aquella composición atesora, que no dudaba de que saldría airosa en su primera exposición ante el público español. Así sucedió en efecto; más, sin embargo, debo confesarlo, no se apreciaron por de pronto en su justo valor todas aquellas condiciones que enaltecen el drama y que cada día fueron apareciendo mayores, hasta ser considerado hoy como una de las primeras joyas de nuestro teatro moderno».

Para Menéndez y Pelayo «Don Alvaro» es una concepción mucho más amplia y más admirablemente orientada que cuantos admiramos en el antiguo teatro español, tal en suma, que solo en Shakespeare y en el Wallenstein de Schiller, pueden encontrar semejantes.

Estuvo el Duque en la oposición a Mendizabal, el que política y económicamente fracasó con su desamortización. Nos atenemos para ello al juicio de Costa en las conferencias que dió en el Ateneo de Madrid. La obra de Mendizabal no reportó beneficio alguno a las clases modestas; en el orden cultural hizo desaparecer el rico acervo artístico y bibliográfico de las órdenes religiosas, y disminuyó la fe.

El Duque de Rivas en el Estamento de próceres pronunció una serie de discursos que eran escuchados con agrado y aplauso, que culminaron poniendo coto al voto de confianza que tenía el gobierno y del que continuamente venía usando y abusando.

Presentada la dimisión, la Reina dió el poder a D. Javier Istúriz, que confió el ministerio de la Gobernación al Duque, que había sido

el jefe de la oposición y representante de su política en el Estamento de Próceres del reino, Con desagrado y obligado por Istúriz y Alcalá Galiano, se vió el Duque obligado a aceptar un cargo que no había apetecido, y al presentarse el gobierno en la sesión del 16 de mayo 1836 en el Estamento de Procuradores del reino, intervino don Salustiano Olózaga, y no habiéndose recibido comunicación oficial de la solución de la crisis, obligó a dejar el banco, llamado entonces negro, donde se sentaba el gobierno; entre los silbidos y mueras de la tribuna pública, que recordando la intervención que tuvieron en las Cortes de Cádiz y consentidos por el presidente, denostaban y aplaudían. El Duque decía después: «Es posible, silbarme a mí».

Un historiador, D. Modesto Lafuente, testigo de esta sesión de Cortes escribe «Sorprendidos, y sin embargo afligidos a la vez, a los que la presenciábamos, las amarguras y las provocaciones, que un salón poblado por doscientos cincuenta individuos, presa la mayoría del paroxismo de la pasión, eran dirigidas a los tres hombres que pocos días antes se sentaban al lado de sus vituperadores y eran considerados por ellos como notabilidades de su mismo partido».

.. el Duque de Rivas tuvo que salir del salón; hasta más tarde no se dió cuenta de los decretos y volvieron a ocupar los asientos reservados para los secretarios de los despachos.

Bajo el gobierno del Duque se celebraron unas elecciones, ejemplo de moralidad política, como pocas veces se ha dado en España, pero la oposición continuaba con pronunciamientos revolucionarios en gran número de ciudades y culmina con la sublevación de los sargentos en la Granja, en donde obligaron a la Reina Gobernadora a jurar y promulgar la Constitución de 1812, bandera política de los exaltados. En Madrid triunfó el crimen, siendo asesinado el general Quesada; el Duque se vió obligado a refugiarse en casa del embajador Mr. Willior, más tarde Lord Clarendon y célebre político inglés.

Veinticuatro días estuvo el Duque en la embajada, esperando que pasara la tormenta, pero los liberales seguían en su persecución contra los que habían formado el gobierno, hasta que al fin el Duque se decidió a pedir auxilio para salir de España al general Seoane que no se lo había dado al general Quesada, y quizá por remordimiento y al mismo tiempo por amistad con el poeta, le proporcionó un pasaporte y un oficial de coraceros para que lo escoltara hasta Gata, en donde un señor llamado D. Pedro Ontiveros, le hizo pasar

la frontera disfrazado, con unos contrabandistas, llegando a Guarda, en donde por la imprudencia de uno de ellos en una taberna, diciendo que era un alto personaje, lo tomaron por un miguelista. Enterado el gobernador, lo llamó a su despacho y al saber quien era hizo llevar los caballos del Duque a la puerta falsa, y escoltado por seis hombres lo sacó de la ciudad alborotada con su llegada. En Lisboa supo que el gobierno le había secuestrado sus bienes por el delito de salir de España sin su autorización, no obstante prohibírsele la Constitución.

En este nuevo exilio el Duque salió de España por reaccionario y amigo del orden, y en el 23 por liberal y sin embargo en ambas veces era el patriota y el político honrado. Desde Lisboa fué a Gibraltar con grandes preocupaciones, pues el barco tocaba en Cádiz; allí encontró de gobernador a su antiguo amigo el General Woodfor, permaneciendo un año en la plaza consagrado a escribir y en donde ayudó extraordinariamente a los refugiados españoles, cuando la famosa expedición del general carlista Gómez.

Una nueva Constitución, la llamada del 37, fué la consecuencia de aquellos movimientos la que el Duque juró en manos del cónsul español en Gibraltar, pasando a Cádiz donde lo esperaba su familia. Elegido senador, apoyó el gobierno del conde de Ofalia, pronunciando un discurso en el Senado, pidiendo que se devolvieran a las monjas los bienes que le habían vendido en la desamortización; en la siguiente legislatura defendió el convenio de Vergara y los fueros de las provincias vascas. Cuando la renuncia a la regencia de la Reina Gobernadora, el Duque defendió en un discurso a Doña María Cristina y el general Espartero en represalia no lo nombró senador, no obstante el haber salido en primer lugar por Alava y en segundo por Vizcaya. El Duque se retiró a Sevilla, donde vivió cerca de tres años, y allí brotaron entre otras poesías «Lamentación», y «La Asonada», está siempre de palpitante actualidad:

Pensáis alucinados que mañana	Más infelices mañana vais a ser
Seréis más venturosos	Ved que sois instrumentos des-
Más ricos, más famosos	[preciables
Que pan de vuestras casas va	De cobarde malicia
[a llover	De insaciable codicia
Ved que fundáis una esperanza	De un envidioso afán, de una
[vana	[traición
En un crimen tremendo	Que con vuestro furor nada hay
A cuyo peso horrendo	[estable

Ni riquezas, ni leyes	La metralla, delitos tan atroces
Que hundis en un abismo a la	Castigarán terrible,
[nación	Y el verdugo inflexible
«Ciegos seguid en el tumulto	A los que encienda vuestro in-
[fiero	[sano afán
Matad, robad, hartaos,	O a caso vuestros crímenes
De crímenes, saciaos	Al muerto despotismo
Que vuestros triunfos pasajeros	De lo hondo del abismo
[son	Vengador y terrible evocarán
Solo el de la razón es duradero;	Sí, que ignorantes turbas revol-
Su inexorable espada	[tosas
Por las leyes armadas	De locas ambiciones
Vibrarán mucho antes de la	Y de inícuas pasiones
[razón	Necio juguete e instrumento vil.

D. Juan Valera que trató íntimamente al Duque, pues su carrera diplomática la empezó bajo sus órdenes en Nápoles, escribe que no fueron fuentes de inspiración para la poesía lírica del Duque, la cólera y el mal humor que le inspiraba la dominación del Regente, el tamborileo de la milicia nacional, y los continuos motines y alborotos. El Duque tomó todo esto muy por lo serio, pero en cambio el desvío que a todo esto tenía, hubo de inclinarle a apartar los ojos de lo presente y a fijarlo en lo que ya pasó contemplándolo, no como fué en sí, sino idealizado por la poesía dramática. Buscó el Duque cierta elegancia y primores en nuestro teatro antiguo, para distraerse de la vida pública de aquel período, cuya ordinariéz exageraba y siguió exagerando todo su vida, con las más graciosas ponderaciones. Recuerdo, que siendo embajador de Nápoles, tenía siempre a la mesa, aunque él fuese convidado a otra, a todo el personal de la embajada, que era numeroso, joven y alborotado. De sobremesa se jugaba, se chillaba, se retozaba por demás, y los muebles del saloncito en que se tomaba el café, se rompían o se estropeaban no poco. Una vez quejándose el Duque de aquello y reprendiendo a sus descomedidos subordinados, les dijo, moviéndoles más que arrepentimiento y contrición a risa: «Esto no es Embajada, esto es un cuartel de milicianos. Lo único que falta es que escriban ustedes con carbón o con almagra en mesas y sillas. ¡Viva Espartero!» Para el Duque no podía imaginarse mayor extremo de mal tono.

Su cuñado el marqués de Valmar, en la necrología del Duque, escribe sobre los años que vivió en Sevilla. Era uno de esos perío-

dos de turbación política en que no preponderaban las doctrinas que en nuestro sentir debían ser asiento y base de la verdadera religión. Vivíamos en Sevilla bajo el mismo techo, unidas nuestras familias, como lo estaban nuestros corazones. En algunos frecuentes momentos, en que el afán político asaltaba nuestro ánimo, decíamos candorosamente que aquella época era para nosotros época de desgracia. ¡Cuan engañosamente juzga a veces el hombre el estado de su alma y los vaivenes de su fortuna! ¡Sabeis cual era la desgracia que nos condenaba nuestro alejamiento de los negocios públicos! Las de vivir al amor del hogar sin zozobras ni sinsabores, entregados asiduamente al embeleso y al cultivo de las letras y de las artes, y esto en un país donde el suelo está lleno de flores, el aire de aromas, el cielo de luz, la gente de gallardía y donaire, y la memoria de poéticos y gloriosos recuerdos. Cuantas veces en las encantadas noches de la primavera de andalucía, al borde de un estanque del frondoso jardín, embalsamado el ambiente con aquella plenitud de aromas con que sólo allí trascienden los jazmine y el azahar, pasábamos dulcísimas horas entretenidos en sabrosas pláticas y lecturas con nuestros amigos, entre los cuales de vez en cuando contábamos por dichos poetas esclarecidos, (Rodríguez Rubí y Campoamor). El ilustre Zorrilla, poético épico y calderoniano a la manera del Duque de Rivas, aumentó alguna vez el hechizo de aquel rincón, leyendo con su entonación inimitable y fascinadora el cuento titulado «La cabeza de plata», y muchas otras producciones de ingenio fecundo y peregrino. El Duque recordó siempre aquellos años vividos en Sevilla, y contestando a Zorrilla en 1844, con unos versos le decía:

Pues si tú tanto recuerdas
 las delicias de Sevilla,
 del Guadalquivir la orilla,
 y mi tranquila manción;
 ¿Que haré yo mi amado amigo
 ¿Qué haré yo, que dejé en ellas
 de mis ojos las estrellas
 las prendas del corazón?

Ni pienses que olvidar puedo
 Aquellas fugaces horas,
 tan dulces y encantadoras
 que presto tuvieron fin,
 en que los versos divinos
 que de tus labios brotaban,
 luz, calor, y cuerpo daban
 al aura de mi jardín.

A la caída de Espartero, por la revolución de 1843, volvió el Duque a Madrid, el gobierno de don Joaquín María López, lo nombró quinto alcalde de su Ayuntamiento, y en las elecciones fué elegido senador por Córdoba. El gobierno de González Bravo, que

sucedió a don Salustiano Olózoga, que fué exonerado, lo nombró embajador en Nápoles. Embarcó en Cádiz, deteniéndose en Malta, para saludar a sus antiguos amigos, y llegó a Nápoles el 4 de Marzo de 1844.

El estado de ánimo, lo hace todo en la vida y más en un poeta; a su llegada a Nápoles, la estación estaba fría y lluviosa y el Duque en sus cartas a su cuñado el marqués de Valmar, que estaba en la legación de Lisboa, escrita en tercetos, pinta un Nápoles tétrico y sombrío,

Todas eran mentiras e inven-
[ciones
Que es Nápoles país abomina-
[ble,
Y el pero que hay del sur a los
[triones
Hoy primero de abril, de nieve
[fría
Están cubiertos los vecinos
[montes

Y el mar montes de espuma al
[cielo envía
¡Cómo estarán de nardos y jaz-
[mines
A estas horas poblados los pa-
[seos
Que adornan de Sevilla los con-
[fines!

Pero pronto olvidó el duque esta primera impresión de Nápoles, su cielo, su mar y su tierra dorada, prendieron el corazón del poeta que encontró en ella una sociedad culta, artista, poetas y pintores que le proporcionaban ratos agradabilísimos en tertulias y fiestas, captándose el cariño y simpatía de todos.

Vino después la primavera; el cielo
Antes de plomo bóveda pesada
De nácar y zafir tornóse un velo
Brotó feraz la pompa engalanada
De vegas, de montañas y jardines;
Quedó la mar risueña y sosegada

.....
Ni amistad santa me faltó tampoco
De hermosísimas damas sin peluca
Ni tos, ni panza, ni tabaco ni moco
Puede un anciano ver de alzar la nuca
Y logre que dijeran muchas bellas
Quanto e simpaticone questo Duca



Pinté con dicha los retratos de ellas,
Les hice y publiqué sonoros versos
Y vime encaramado en las estrellas
he encontrado también hombres diversos
de ciencia, erudición, buen gusto, y fama
en esta grata sociedad dispersos.

El Duque vino a España cuando los matrimonios regios, para besar la mano de la reina, volviendo a Nápoles sin haber aceptado la cartera de Estado ni la Presidencia del gobierno que le ofrecieron a la caída de su amigo Isturiz. Las tormentas revolucionarias del cuarenta y ocho, llegaron a Nápoles, cuyo rey Fernando II, triunfa momentáneamente, presenciando el Duque la revolución. El 19 de Mayo de 1848, el Duque a la cabeza del cuerpo diplomático atravesó la ciudad yendo a palacio, y apoyado por todos dijo al rey: «Que la clemencia fuera mayor que el triunfo». Palabras que sonaron en todas partes y que le dieron gran popularidad.

En Roma estalló la sublevación, siendo asesinado Rosi; el Papa Pio IX huyó en el coche de nuestro embajador Martínez de la Rosa, refugiándose en Gaeta. Estos sucesos dan lugar a la intervención extranjera en favor del Papa. Francia envía un ejército al mando del general Oudinot, que el 2 de julio de 1849 entró en Roma; España otro con 4.000 hombres, al mando del general Fernández de Córdoba, Marqués de Mendigorría. expedición que tuvo su cronista, el escritor Gutiérrez de la Vega, que consagró al Duque de Rivas un capítulo de su obra, titulado «Un banquete y un baile en la embajada española».

Los magníficos salones del palacio aparecieron de repente iluminados de torrentes de luz, que o se alzaban de brillantes reverberos o se mecían en ricas y pintorescas arañas. Figúrese el lector un gran salón vestido de seda y de flores, con magníficos espejos dorados, fresco como una noche en las orillas del golfo de Nápoles, lleno de la claridad que esparce un centenar de luminarias; hendido de las aromas de los nardos, los lirios y las rosas; estrellado con los colores de las clavellinas, el geranio, las dalias, la minutisa, la nicaragua; en que pasan, cruzan, bullen y se confunden hermosas mujeres, aéreas como las ninfas de los poetas, vaporosas, como las beldades del Olimpo, cubiertas de tules, encajes, gasas y flores, que permiten ver no poco a los ojos y adivinar mucho al pensamiento, porque sus sedas y sus lazos tienen la diafanidad y transparencia de los crespo-

nes de los ensueños picantes; figúrese toda esta seductora corte, siguiendo el torbellino del vals entre una numerosa concurrencia masculina que multiplica las luces en sus placas, sus entorchados y sus brillantes uniformes, finja los más armoniosos y celestiales acordes de la música, interrumpido tan solo por el suspiro de una belleza, las dulces de un Amadís, o los candenciosos silbidos de las brisas del Posilipo y de Pompeya, que al estrellarse en los vidrios de los balcones, nos trae los cantos nocturnos de los gondoleros de la Mergelina, y solamente así podrá tenerse una levisima idea de los encantos de la española fiesta, que debimos al trovador de D. Alvaro, al bardo del Moro Expósito.

Honores y condecoraciones cayeron sobre el Duque, dados por el Papa y el rey de Nápoles; al inclinarse este monarca al partido carlista, autorizando el matrimonio de la princesa Carolina con el conde de Montemolín se rompieron las relaciones diplomáticas con España, el Duque salió de Nápoles el 10 de julio de 1850, siendo escoltado su bote por la nobleza que había en la corte.

Durante su estancia en Nápoles escribió multitud de leyendas y romances: «La azucena milagrosa», dedicada a Zorrilla, en reciprocidad a su «Azucena silvestre», en que narra un crimen y su expiación; «Maldonado y el aniversario», quizás la mejor leyenda romántica, y su magnífico trabajo «Historia de la sublevación de Nápoles capitaneados por Massaniello». La historia escrita por un poeta, es la historia bella de expresión y de forma, no la aridez del historiador científico esclavo del documento. También pintó muchos retratos, celebrando Valmar su cuadro Judit.

Al regreso a España, sigue interviniendo en la política y pronuncia discursos en el Senado.

Los sucesos políticos de la atormentada España de Isabel II, dan lugar a la Vicalvarada y el Manifiesto de Manzanares, redactado por Cánovas del Castillo en 1854. Se produce la crisis y la reina encarga de la formación del gabinete al general don Fernando Fernández de Córdoba, que en sus «Memorias Intimas» dice que envió aviso al insigne Duque de Rivas: «Su corazón patriota y su alma grande no podían vacilar» y en efecto no vacilaron, aún cuando para no dar una significación excesivamente moderada al nuevo Ministerio me significó su deseo de no ocupar sino el Ministerio de Marina. Juró el nuevo Ministerio, pero la revolución en Madrid continuaba, los progresistas no estaban conformes con la significación de moderado del general, quien reuniendo a todos los ministros propuso al Duque de

Rivas para presidirlo. «El Duque, sin un momento de vacilación, acepta de todos nosotros un encargo, que constituía en tales momentos el peligro más inminente y la mayor y más abrumadora responsabilidad que podía aceptar hombre alguno en obsequio de su Reina y de su país. Ríos Rosa en un magnífico arranque se levantó y le abrazó.

La sublevación y la sangre continuó en Madrid, la Reina sufría mucho y temió por su persona y el trono y significó al gobierno su deseo de que aquello terminara, pidiéndole consejo acerca de la persona que llamaría para formar un nuevo Ministerio. La Reina dió el nombre del Duque de la Victoria, quien formó el nuevo Gobierno. Del 18 al 20 de Julio fué el Duque Presidente del Consejo.

En 1859 es nombrado embajador cerca de Napoleón III, alagándole el cargo y verse respetado y estimado en la corte de la Emperatriz Eugenia. Presidente del Consejo de Estado en 1860, agraciado con el Toisón de oro; en este año vino a Córdoba. el último viaje a su tierra, y en unos juegos florales celebrados en el Círculo de la Amistad, fué mantenedor, pronunciando un discurso, del que el «Diario de Córdoba» de la época se hace eco reseñando el acto. A la muerte de Martínez de la Rosa es nombrado Director de la Real Academia de la Lengua.

El Duque enfermó gravemente; por orden del médico no recibía visitas. Hubo una excepción; la puerta de la alcoba del enfermo se abrió para don Antonio Alcalá Galiano, el hombre que más influyó en la vida del Duque, el que lo arrastró a la política, el amigo amado; Galiano al saber la enfermedad no quiso que bajara al sepulcro «aquel por tanto tiempo y por tan varios títulos compañero y amigo» sin estrechar su mano movida por la postrera vez. Ya no volvieron a verse en la tierra, pero son inescrutables los designios de la providencia; no el enfermo y moribundo, sino el ministro que le visitaba, firme y activo todavía, si bien agobiado por los años y las penalidades del mundo, era la primera víctima que la muerte había señalado. La noche de San Daniel, trágica en nuestra historia universal, fué la causa de la muerte de Galiano; el motín le sorprendió en la Puerta del Sol, y enfermo como estaba del corazón, tuvo un ataque que le ocasionó la muerte a los cinco.

La enfermedad del Duque continuó su curso; rodeado de su esposa e hijos murió cristianamente el 22 de julio de 1865.

Valmar, dice, que cuando voló su espíritu al seno del Creador, parecía aún más visible en su semblante el sello de aquella alma

apacible y honrada. Su noble expresión se hallaba realzada por la majestad de la muerte. Fué enterrado en Rivas, el señorío de los ascendientes del título, pero en 1914 se trasladaron sus restos al panteón familiar del cementerio de San Isidro de Madrid.

BIBLIOGRAFÍA

- Amador de los Ríos, José.* Elogio al Excmo. Sr. Duque de Rivas. Madrid, 1860. Boletín de la Real Academia de Córdoba. Partida de Bautismo del Duque de Rivas.
- Cejador, Lulio.* Historia de la Literatura Española. Madrid.
- Flores García, Francisco.* Don Angel de Saavedra. Artículo en «La Esfera», núm. 33 y 35 de 1914.
- Fernández de Cordova, Fernando.* Marqués de Mendigorría. Memorias íntimas. Madrid, 1886-1889.
- Ferrer del Río, A.* Galería de la Literatura Española. Madrid 1846.
- Cueto, Leopoldo.* Discurso necrológico literario en elogio del Excmo. Sr. Duque de Rivas. Director de la Real Academia Española. Madrid, 1866.
- Lafuente, Modesto.* Historia General de España. Barcelona, 1890.
- Moreno Barranco, Juan.* Apuntes biográficos y consideraciones literarias en honra del eminente cordobés D. Angel de Saavedra, Duque de Rivas. Córdoba, 1892.
- Mesonero Romanos, Ramón.* Memorias de un setentón, Madrid, MDCCCLXXXI
- Menéndez y Pelayo, Marcelino.* Historia de las ideas estéticas de España.
- Pastor Diaz, Nicomedes.* Vida del Duque de Rivas hasta el 1842. Barcelona, 1884.
- Ramírez de Arellana, Rafael.* Ensayo de un catálogo biográfico de escritores de la provincia y diócesis de Córdoba. Madrid, 1922.
- Rico y Amat, Juan.* Historia política y parlamentaria de España. Madrid.
- Rivas Cherif, Cipriano.* Duque de Rivas. Clásicos Castellanos. Madrid, 1911.
- Valera, Juan.* Estudio biográfico de D. Angel de Saavedra, Duque de Rivas. El Ateneo. Madrid, 1888.

apacible y honrada. Su noble expresión se hallaba realzada por la mansedad de la muerte. Fue enterrado en Rivas el señorío de los sacramentos del título, pero en 1914 se trasladaron sus restos al panteón familiar del cementerio de San Isidro de Madrid.



El 7 de mayo se supieron con certeza que don Angel de Saravida había fallecido en Rivas el día 2 de mayo de 1888. El Duque de Rivas, don Juan de Borja y Aguado, comunicó a don Angel de Saravida su fallecimiento y le comunicó que el Duque de Rivas se había comprometido a trasladar sus restos al panteón familiar del cementerio de San Isidro de Madrid. Don Angel de Saravida respondió al Duque de Rivas expresándole su agradecimiento y su deseo de que se hiciera lo que el Duque de Rivas considerara conveniente. El Duque de Rivas le comunicó que se había comprometido a trasladar sus restos al panteón familiar del cementerio de San Isidro de Madrid. Don Angel de Saravida respondió al Duque de Rivas expresándole su agradecimiento y su deseo de que se hiciera lo que el Duque de Rivas considerara conveniente. El Duque de Rivas le comunicó que se había comprometido a trasladar sus restos al panteón familiar del cementerio de San Isidro de Madrid. Don Angel de Saravida respondió al Duque de Rivas expresándole su agradecimiento y su deseo de que se hiciera lo que el Duque de Rivas considerara conveniente.